

Humor e irreverencia

Reinaldo Arenas

(Inédito)

Para Roberto Valero †

El 28 de diciembre de 1989 —en la sección *Reading Arenas with Arenas* del Congreso Anual de la *Modern Language Association* en Washington, D.C.—, el autor de *El mundo alucinante* dialogó con un numeroso público muy interesado y conocedor de sus libros y de sus proyectos para un futuro que (muy pocos de los allí presentes lo sabían) era extremadamente limitado debido a su terrible enfermedad. La voz de Reinaldo Arenas, su humor irreverente y la sonrisa que siempre le acompañaba en su compromiso radical con su forma de escribir y vivir, es decir, con la escritura como aventura, transformaron esta sección —en la que intervinieron también Roberto Valero, Nicasio Urbina y el que estas líneas escribe— en un evento inolvidable. Las ponencias entonces presentadas han sido publicadas pero no así la intervención de Reinaldo Arenas, el verdadero «rey» de aquella reunión.

Sin embargo, la grabación de la viva voz de Reinaldo Arenas en aquel encuentro no solamente ha circulado entre algunos amigos de su obra, la utilicé también, el 3 de diciembre de 1996, en una presentación de *Antes que anochezca* organizada por el *Lateinamerika-Forum* de Berlín. Y recientemente, el 20 de agosto de 1997, mediado por Klaus Laabs, el excelente traductor de Arenas al alemán, esta voz de Arenas estuvo presente en la inauguración de la exposición de pintura del joven y talentoso pintor cubano Raúl de Zárate que, para los muchos asistentes a esta inauguración en la berlinesa Galería en la Torre (*Galerie im Turm*), ha traído los colores, los tonos y los ritmos de su isla natal a la capital alemana. Así como Reinaldo Arenas ha dialogado con su público de Washington, de la misma manera Raúl de Zárate —que no por casualidad ha elegido, como título de su exposición, una palabra clave («Irreverencia») que surge también en el texto que va a seguir— ha dejado participar al público alemán en su propio diálogo pictórico con los textos del autor cubano físicamente desaparecido. Debido a las estimulantes reacciones del público berlinés, es hora ya de publicar este texto de Reinaldo Arenas, lleno de irreverencia y lleno siempre de humor.

OTTMAR ETTE (*Postdam*)

SIEMPRE HE PENSADO QUE LAS CONTRADICCIONES SON FUNDAMENTALES EN LA creación, porque, primero, si estuviéramos en paz y reconciliados con el mundo no crearíamos nada; y segundo, porque esas contradicciones son las que nos hacen ver la realidad desde diversos ángulos y diversos puntos de vista

y, hasta cierto punto, pueden enriquecer la visión literaria de esa realidad. Yo creo que todo lo que he escrito, en realidad, forma parte como de un solo libro, un libro que, desde luego, espero que Vds. nunca tengan la desgracia de leerlo completo, ni yo la fortuna de terminarlo, pero, en realidad, forma todo un mismo contexto. Un contexto, si se quiere, dentro de diversas categorías infernales, de diversas épocas, todas espantosas, como es natural, desde la época de Batista, o incluso, hasta antes de Batista, como transcurrió mi infancia en los años 40, la época de la dictadura de Fidel Castro y la desolación, el desarraigo y la crueldad horrorosa del exilio, es decir, el infierno al que Dante condenaba a casi todos sus enemigos con mucha inteligencia y con mucho acierto. Yo considero que toda mi obra, incluyendo *El Portero*, que fue una de las últimas novelas que he escrito, forma parte de un ciclo total, de un ciclo en que se complementa recíprocamente una obra con la otra. El mismo personaje de *Celestino antes del alba*, que fue uno de los primeros de los personajes que yo traté en mi literatura: es un niño expulsado, es expulsado del seno de su familia porque es distinto, porque escribe poesía en los troncos de los árboles, porque no se dedica a arar la tierra y a sembrar maíz como se dedica el resto de su familia, de hecho, ya es el condenado; 30 ó 40 ó 50 años después el portero es también el expulsado y el expulsado de toda la sociedad, el expulsado de la isla en la cual nació, porque tuvo que irse en un bote por el Mariel y el expulsado de la sociedad también donde vive actualmente en Nueva York, porque nadie lo entiende, porque es un personaje enloquecido, porque no quiere abrir la puerta normal para que la gente entre a sus apartamentos, sino una puerta superior, metafísica, inexistente; tal vez podría ser la de la felicidad, es decir, que una dualidad evidente entre esos personajes, que tienen una diferencia prácticamente de 50 años entre el Celestino niño que escribe poesías en los troncos de los árboles y las personas con hachas que le caen atrás, dicen que está loco, a este portero neoyorquino, de origen cubano, que es ingresado precisamente en un manicomio porque sencillamente no puede dar a comprender su discurso, porque nadie lo entiende y piensan que está loco. Efectivamente yo sí pienso que todas estas obras forman un ciclo y que de alguna manera se identifican con el tema de la expulsión y desde luego también con el de la irreverencia.

Pienso que la realidad, en general, siempre es tan desmesurada y tan cruel que si perdiéramos la risa, lo perderíamos todo. Yo recuerdo, más o menos, un personaje que en Cuba era muy conocido, y que por lo mismo yo no recuerdo ahora su nombre, pero que cuando salió de Cuba le preguntaron: «¿y ahora cómo se siente Vd., que lo ha perdido todo?», y ese señor en la televisión, cuando le hacían la entrevista, dijo: «no, está equivocado, yo no lo he perdido todo, me queda lo más importante: la sonrisa», y sonrió al público. Creo que esa sonrisa nos salva, creo que si no perderíamos el sentido de la burla, de la risa, del humor, no tendríamos escapatoria, porque la tragicidad de la realidad va más allá incluso que la misma imaginación con la que pudiéramos contar para describirla, y eso lo estamos viendo ahora mismo en lo que está pasando en el mundo. A mí mismo y a muchos de nosotros nos han

tachado a veces de exagerados y hasta de delirantes cuando hablábamos desde el punto de vista crónico, o a veces literario, de una realidad determinada de lo que pasaba en Cuba. Ahora vemos que en realidad no éramos delirantes: éramos más bien parcos. Ahora nos tienen que acusar más bien de que fuimos demasiado modestos, que dijimos poco en cuanto a ese mundo. Creo que el humor tiene un papel fundamental porque es la única manera de decir una realidad en que su patetismo resulte tal que hasta cierto punto pierda efectividad al ser contada. Y yo creo que eso es una característica incluso de casi toda la literatura latinoamericana. Cuando uno lee, por ejemplo, las crónicas de los conquistadores españoles —vamos a llamarlos conquistadores para ser más piadosos— hay un pasaje que a mí siempre me llamó la atención, porque en medio de aquella matanza de indios que se desarrolla en Cuba en la época en que está Hernando de Soto en Cuba, es decir, 1520 o algo así, el cronista no describe la matanza de aquella masacre, sino que lo que más le alarma es que en menos de 15 días, aquellos hombres, que eran como unos 50, se comieron unos 15.000 papagayos. Lo que ahí realmente llama la atención son aquellas cantidades de papagayos destruidos y comidos por aquellos personajes. Es interesante cómo la historia, generalmente, no recoge esos detalles, esas cosas que pueden hacer lo minucioso, pero que forman parte del contexto fundamental y de la desmesura latinoamericana, o sea, como que el cronista, en medio de aquella cosa tan seria, se puso a contar 15.000 papagayos, saber que esa gente se los comían. Si los multiplicamos por 50, vemos que es una exageración, porque no podían comerse 30 papagayos diarios, era casi imposible. Pero vemos que ese sentido, tal vez del humor o de la exageración, forma parte de nuestra realidad y ayuda a comprender esa desmesura americana, esa especie de llevar las cosas a una situación tan tensa, tan explosiva, que causa casi un acto de liberación. Y esto es, tal vez, una de las características también de mis libros. Las situaciones, de tan intolerables, producen un estallido de libertad. En casi todas mis novelas eso ocurre también. Hay un momento en que la situación resulta tan terrible, como en *El mundo alucinante*, donde al fraile lo han encadenado tanto que las mismas cadenas son tan grandes y tan pesadas que terminan derrumbando la prisión, y el fraile, hecho una especie de bola de hierro, empieza a rodar por toda España, y así se libera. Esa es una constante en mis libros. Una situación terrible solamente tiene dos alternativas: o la destrucción absoluta del personaje o su liberación, y eso ocurre mucho en mis libros. En este ciclo de la pentagonía, ya el nombre lo dice, son personajes agónicos, cinco novelas. Al final del último libro hay una liberación que no se la voy a contar porque es demasiado insólita pero que no se aleja mucho de la realidad y que es todo un ciclo de violencia, pero a la vez una violencia liberadora en la cual el humor, para mí, es la base fundamental para poder continuar el discurso, porque si no sería realmente una melopea tan trágica, tan sentimental que no habría quien la leyera ni tampoco quien la escribiese.

A mí me interesa mucho la creación de personajes vivos que puedan después formar parte de nuestra historia personal o de la historia literaria, o sea,

hablar con Celestino, hablar con Héctor como si fueran unos seres humanos. Incluso cuando yo iba con algunos amigos míos, yo les decía Celestino y ni cuenta me daba que no se llamaba Celestino, tenía otro nombre. Pero yo en aquel momento estaba más cerca de Celestino o de Héctor que de esa persona que estaba a mi lado. Dentro de ese contexto, el ritmo para mí es fundamental. Yo no puedo escribir un libro si no tengo primero esa especie de cosa musical en la cual lo voy a escribir, si no tengo el tono. El tono es, para lo que yo escribo, fundamental. Una novela como *Otra vez el mar*, si la analizamos, vemos que está escrita en seis cantos y en seis guías, y cada canto termina como un golpe orquestal. Ese golpe orquestal, ese ritmo va llevando la novela *in crescendo* hasta que va culminando en un día, y después viene el otro lentamente. La novela empieza como una especie de un lento muy sostenido, pero muy grave y va creciendo cada vez más. En *Arturo, la estrella más brillante* el personaje, en su mundo, está creando una especie de sinfonía. Cuando se le presenta la visión que él anhela, se le presenta siempre a través de una tonada musical. Las palabras están agrupadas como si fueran una especie de golpe orquestal, una especie de composición musical. Si hubiese un párrafo, si se detuviese, sería como interrumpir aquella música y comenzar de nuevo en otro tono, y es el mismo tono sostenido hasta que culmina con la muerte de Arturo. Por eso, no solamente no hay ni siquiera párrafo, no hay ni siquiera punto y aparte; solamente hay un punto y seguido al final, cuando ya termina el relato y ya viene su muerte. Así es como si toda la orquesta se reuniese y termina el relato, y ya viene después el punto final.

Yo cuido mucho mi privacidad, pues creo que una de las cosas más importantes para un escritor es ser un ser absolutamente anónimo, inadvertido y que pueda diluirse en la muchedumbre. Uno de los errores más graves que ahora tienen los escritores, tanto en Europa como en América Latina es considerarse importantes, dar conferencias incesantemente, estar en todo tipo de eventos, emitir ideas políticas, como si se apretara la tecla de una computadora, siempre tienen la verdad absoluta. Yo opino todo lo contrario. Creo que cuando una persona escribe está llena de contradicciones, de interrogantes incesantes, de ideas que muchas veces no puede expresar, porque si uno no tuviera esas interrogaciones, no escribiría nada. Toda novela o toda obra de arte es una pregunta que uno lanza al público. Yo he sufrido todo tipo de ostracismo. Como es natural, en Cuba, un tipo de obra como ésta, que se basa precisamente en la destrucción de todos los cánones oficiales de un régimen y de una sociedad, obviamente, no iba a tener aceptación. Es, hasta cierto punto lógico, que un sistema burocrático oficial no iba a aceptar un tipo de novela como ésta, como *El mundo alucinante*, como *Celestino antes del alba*, porque precisamente era la novela que era el contra-discurso de ese sistema. Todas la dictaduras son púdicas y serias, muy respetables, muy serias desde el punto de vista retórico, son muy solemnes, y mi literatura es precisamente la antisolemnidad, la burla total. En la novela en la que estoy trabajando ahora, el dictador no se sabe ni siquiera si es un hombre o si es una mujer, está enamorado de un tiburón que le cuida la isla para que nadie se escape. El placer

de él es ver ese tiburón por una especie de pecera gigantesca en un palacio subterráneo que tiene donde el tiburón devora a las víctimas que tratan de escaparse. Es un tipo de literatura que desde luego no puede ser admitida prácticamente por nadie y eso es lo que ocurre con mis libros. En una novela como *La Loma del Ángel*, por ejemplo, hay un momento en que los españoles deciden no eliminar a los cubanos que eran liberales y querían la independencia de Cuba a través de una guerra; prefieren colocar el retrato de Fernando VII, que es una cosa espantosa, en un salón, donde va a haber una fiesta y adonde todo el mundo tiene que ir, porque los cubanos no pueden dejar de bailar y así todas las personas que miren aquel retrato caerán muertas debido a la fealdad del retrato. Pero los cubanos, que son muy pícaros, van con unas vendas y bailan vendados, hasta que en un momento, no sé por qué razón, alguien se quita la venda, mira aquello, da un chillido y todo el mundo mira, por la curiosidad esa cubana también, y todo el mundo cae muerto.

La novela en la que estoy trabajando ahora, si la puedo terminar, se desarrolla en un carnaval y es ésta, la del famoso personaje del tiburón, donde está todo el mundo, donde todos los personajes más serios del mundo acuden a la invitación de la fiesta que da este personaje para celebrar su 50 aniversario en el poder, espero que la realidad no se cumpla igual que la ficción. Lo histórico y lo autobiográfico se mezclan y forman un solo contexto y tal vez un solo libro. Hay como una sucesión de personajes que pasan de diferentes categorías, resucitan, vuelven a nacer, pero existen, porque sus tragedias, sus experiencias, su dolor, vienen siendo, más o menos, el mismo, y, en realidad, forman parte de este texto que yo llamaría un texto total en el cual están los cuentos, los poemas, las obras de teatro y las novelas.